

## Semblanza de Pablo Carlevaro



**María TERESA ALMARAZ**  
**Carlos TORRADO**  
**Marcos LAFLUF**  
**Ana KEMAYD**

Cuando nos planteamos en el comité editorial de nuestra *Revista IT, Salud Comunitaria y Sociedad* la idea de hacer un artículo referente al profesor Pablo Carlevaro no dimensionábamos aún lo imponente de la tarea. No por el trabajo que nos daría, sino porque su fructífera e intensa trayectoria nos enfrentó a sus múltiples facetas y actividades.

Pablo Virgilio Carlevaro (1927-2015), militante estudiantil, docente, decano, impulsor e ideólogo del Programa APEX, recibió el título de Profesor Emérito por el Consejo de la Facultad de Medicina y el de Profesor Honoris Causa de la Universidad de la República. Fue padre, hincha de Wanderers y amante de la música y el arte.

A continuación, compartimos con los lectores relatos de personas que lo conocieron de primera mano, con el objetivo de homenajearlo pero también acercarles, desde diferentes miradas de quienes compartieron su vida, lo que significa la vigencia de su pensamiento crítico y su accionar de forma permanente y militante a lo largo de toda su vida.

Los entrevistados fueron: Laura Carlevaro, Rosa Núñez, Gladys Montaña, Rosario Cavagnaro y Agustín Cano, a quienes expresamos nuestro agradecimiento.

### Su hija, Laura Carlevaro

Cuando me preguntan sobre cómo era mi papá, lo primero que me viene como respuesta es que era genial, una persona especial, un ser excepcional. Sumamente inteligente y culto, era capaz de conversar con cualquiera poniéndose al mismo nivel. Daba clase sin hacer cátedra, siempre enseñaba. Era solidario y empatizaba con los más débiles y oprimidos. Bromeaba y aguantaba bromas, trataba a todos con el mismo respeto, jamás le escuché una expresión racista, clasista o xenófoba. Siempre luchó por las causas que creía justas. Era amante de las artes y de los deportes.

Mi papá perdió al amor de su vida demasiado pronto. Mi mamá murió muy joven y le dejó tres hijos, de 12, 8 y 6 años. Se hizo cargo de nosotros y todos sentimos que lo hizo muy bien. A pesar de la desgracia de perder a nuestra madre tan prematuramente, tuvimos la suerte de tener un padre que, aun cuando el trabajo le consumía muchísimo tiempo, siempre estuvo presente en nuestras vidas. Trabajaba desde temprano hasta muy tarde; entre semana eran pocos los momentos en que coincidíamos. No obstante sus tareas y preocupaciones, todos los días de la semana se tomaba el tiempo para almorzar con nosotros. Llegaba tocando el timbre de una manera muy peculiar, ya se sentía como un saludo. Y se tiraba al piso con nosotros a jugar al ludo; como le parecía aburrido, agregaba sus reglas como, por ejemplo, en lugar de comer al contrario, tener la posibilidad de llevarlo consigo y hacerlo avanzar —esto lo hacía con Ana, que era la más chiquita—. Jugábamos al desconfío, nos enseñó a jugar al ajedrez y lo hacía con nosotros. Actividades siempre acompañadas con un fondo de música clásica, que fue una de sus pasiones.

Después del almuerzo hacía una siesta de diez minutos y se iba. A veces, lo hacía tirado en el sofá, escuchando a mi hermana practicar el piano. Como íbamos a la escuela en la mañana, nos hacía dormir temprano y cuando él volvía ya estábamos en la cama, muchas veces dormidos. Alguna vez, semidormida, sentía el beso que nos daba cada noche al llegar.

Los fines de semana eran con nosotros. Los domingos íbamos a ver a Wanderers, otra de sus grandes pasiones. Nunca faltaba a un partido, llevaba a todos los que quisieran ir y se quedaba hasta que sonaba el silbato indicando el fin. «Esto es una ergometría», le decía a mi hermano durante el partido. Creo que la familia tiene un gen que tiene que ver con Wanderers, somos todos hinchas. Mi abuelo, que era gineco-obstetra, fue médico de los jugadores, entre otros, de Obdulio Varela. En un momento, organizó un curso para los técnicos y en esa ocasión convocó a conocidos de distintas áreas para que fueran a dar charlas, por ejemplo, al maestro Óscar Washington Tabárez. A su cargo quedó una clase de física, donde explicó que era más importante patear rápidamente al arco que acomodarse para patear más fuerte, si lo deseado era que la pelota llegara antes.

En una época Wanderers perdía casi siempre, se fue a la B. Mi hijo chico, que fue a los partidos desde los tres años, volvía a casa con cara de resignación. «¿Cómo les fue?», preguntaba yo, y la respuesta era —encogiéndose de hombros— «perdimos». Un día, papá estaba al lado y dijo: «Es muy formativo, les viene bien a los niños aprender a perder, es lo que pasa en la vida, a veces se pierde». Mi respuesta fue que a veces también se gana y que estaría bueno que el niño aprendiera eso. Los nietos iban al fútbol con él y pudieron desarrollar, cada uno con su estilo, una excelente relación amistosa con *Tata* —así pidió que lo llamaran—.

Le gustaban mucho los deportes, creo que prefería los que tenían que ver con pelotas (béisbol, fútbol, básquetbol, voleibol, tenis), y el atletismo. Cuando mi hermano era adolescente, lo hacía correr porque decía que tenía potencial para el atletismo. Corría tramos de 200 metros 10 veces y cada 30 segundos le tomaba el

pulso; sistematizaba la información y hacía gráficos con los resultados de los entrenamientos. Años después, ya en Cuba donde en su trabajo pudo volver a dedicarse a la investigación todo el tiempo, hizo modelos matemáticos para la regulación de la frecuencia cardíaca.

Cuando uno de nosotros se enfermaba, ya el primer día venía con una pila de cuatro o cinco libros nuevos para que «no nos aburramos». Siempre fomentó la lectura y el estudio. Su regalo predilecto eran los libros. «Si hay una cosa que yo sé regalar, es libros», decía. Uno que siempre regalaba era *Hojas de hierba* de Walt Whitman.

Siempre fiel a sus creencias, nunca impuso una opinión. Acorde con sus convicciones libertarias, no nos adoctrinó, nos permitió hacer nuestros propios procesos, haciendo hincapié en principios éticos, sin perder la oportunidad de educarnos, con cualquier excusa. Yo quería tomar la comunión; en casa de mis amigas veía las fotos de ese acontecimiento, ellas vestidas de blanco, como las novias en la iglesia. Le pedí que me dejara tomar la comunión y me respondió: «Cuando tú seas grande y puedas decidir por tu cuenta, podrás optar por una religión y hacer lo que quieras; mientras, no tienes elementos para saber qué religión adoptar».

Si no sabías el significado de una palabra, te remitía al «mataburro». Así fue con los hijos y luego con los nietos. Era amante de los diccionarios, le gustaba conocer el origen de las palabras, la etimología. Te daba sinónimos, antónimos, te enseñaba siempre aprovechando cada ocasión.

Mi hermana y yo jugábamos a la escondida con las amigas. Cuando él andaba en la vuelta, en lugar de contar mientras las otras se escondían, nos hacía recitar las tablas de multiplicar. Como era amigo de todas, le hicimos caso. «Así las van aprendiendo», decía.

Le gustaba el arte en sus diferentes manifestaciones. Nos llevaba al museo desde chicos y también a conciertos. Muchos domingos de mañana fuimos al teatro Solís, donde el profesor Hugo Balzo ofrecía *Juventudes Musicales*, gratis. Daba a conocer instrumentos y cómo sonaban, era una oportunidad para escuchar música clásica.

A él le gustaba esta música y enseñaba a escucharla: primero compositores más fáciles de gustar y de a poco introducía los más complejos. Así reunía gente para escuchar música en el balneario donde veraneaba con sus tíos, en Santa Lucía del Este, y muchas veces llevaba a la gente a conciertos. Cuando llegaba a casa, los gurises escuchaban a otros autores y, luego de bastante insistencia, lograron que al llegar les pidiera que pusiera a Bob Marley.

Durante las vacaciones organizaban en las noches partidos de truco que terminaban entre carcajadas a las tres de la mañana. La tía se reía porque después de gritar horas en el calor del juego, los amigos se iban en puntas de pie para no despertar a los que dormíamos.

En los años setenta apareció una lista con gente amenazada de muerte entre los que se encontraba mi papá. No dijo nada en casa, yo me enteré por una amiga en el liceo. En esa ocasión le hizo una carta a mi hermano, carta que leyó muchos años

después, pues no debía recibirla salvo si había una desgracia; en ella le decía que, en el caso de que él muriera, no se sintiera comprometido a militar por ese hecho.

Ya al final de su vida, cuando lo llevábamos en el auto, si íbamos a pasar cerca, nos pedía que nos desviáramos y aprontaba la propina que le iba a dar a Jorgito, el muchacho que en una esquina lavaba el parabrisa del auto y con quien alguna vez se había cruzado. Desde entonces, siempre se preocupaba por pasar por esa esquina. Se saludaban como viejos amigos.

Fue un buen amigo, siempre dispuesto a ayudar. Nos dejó la costumbre de ponernos al servicio de los amigos. Eso lo aprendió en su casa: en circunstancias difíciles, toda la familia nos rodeó y apoyó incondicionalmente.

## **Rosa Núñez, promotora de salud**

Mi nombre es Rosa Núñez, vecina del barrio de la Villa del Cerro, trasplantada desde los campos de Rivera, promotora de salud desde los comienzos del Programa APEX.

Siempre fui activa y participativa en cuestiones que refieren al crecimiento del barrio 33 Orientales y sus alrededores. En 1993 tuve el placer de que una amiga me invitara a una reunión donde se presentaba un programa de extensión y enseñanza universitaria. Ahí conocí al profesor Pablo Carlevaro. También había diferentes fuerzas vivas del barrio, además de representantes del gobierno.

En ese momento no me imaginaba la magnitud de lo que se iba lograr con este proyecto. Hablo por mí, pero sin el profesor Carlevaro y sus ganas y gran voluntad de llevar el programa adelante no hubiera sido posible todo lo logrado. El profesor era autoritario pero amable, sumamente inteligente y con gran convencimiento a la hora de defender sus ideales, empático y con una gran humildad. Conformó un equipo con fuerzas vivas, promotoras vecinas y técnicos de diferentes disciplinas.

Recuerdo muchos momentos vividos de aquellos años que fueron sumamente importantes para mi crecimiento personal. A través de sus enseñanzas me impulsaba a trabajar por el desarrollo del barrio, donde hoy muchos vecinos y vecinas somos propietarios. Además de ser formada como promotora de salud, pude participar en diferentes congresos internacionales.

Lo más importante de todos estos años trabajando al lado del profesor Carlevaro, a mi criterio, fue acercarme a los estudios. Yo nací y crecí hasta mi adolescencia en el campo; por más que quería y tenía ganas de estudiar, era imposible por la lejanía de los lugares de estudio, caminos donde pasaban solo los ómnibus de la ruta 5, y mis padres no querían molestar a los adultos mayores que vivían en la ciudad para que yo me mudara para poder estudiar.

Pueden pensar que es contradictorio lo que estoy diciendo, porque finalmente me dediqué a trabajar y tener familia, me quede con el sexto año de escuela rural, pero obtuve este trayecto de estos años que me dio la posibilidad de desarrollar ese bichito de la curiosidad que estaba guardado dentro de mí. Por eso fue

importante haber realizado los talleres de formación, el trabajar en los grupos de mujeres fortaleciendo el conocimiento de su cuerpo y de su salud, el trabajar con los estudiantes, preparar una tarea para poder presentar una ponencia relacionada con el saber popular y el saber académico.

Modestia aparte, yo creo que mi saber popular siempre está enriquecido con todo lo que pasa a mi alrededor, porque siempre estoy muy al tanto de cómo se vive, cómo es la gente joven y la adulta, y las diferentes necesidades de todos.

En esa época había un subprograma que ahora ya no existe, que se llamaba Practicante de Salud Familiar. Se trataba de acompañar al estudiante en el campo, en terreno, en el barrio, porque el que sabe es el que vive allí. Recorrer, conocer al vecino, saber su realidad, que también es la de uno, o si es en otro lugar poder interactuar con los diferentes medios, las comisiones de barrio, con los referentes. Fue una tarea hermosísima y agradezco a la vida haber conocido al profesor Pablo Carlevaro. Guardo en mi corazón los mejores recuerdos de esa época, que marcó mi vida y la del barrio.

## **Gladys Montaña, *Katy*, funcionaria del Programa APEX**

Soy Gladys Montaña, conocida por la amplia mayoría como *Katy*. Ingresé el 7 de mayo de 1993 al Programa APEX-Cerro o, como se le conocía en ese entonces, Programa Universitario Multiprofesional e Interdisciplinario de Formación de Profesionales de la Salud.

Al inicio cumplí tareas en Servicios Generales y desde septiembre de 1994 pasé a desarrollar tareas en el escalafón administrativo, que cumplí ininterrumpidamente hasta el 31 de diciembre de 2020, cuando me acogí al régimen jubilatorio.

Ese 7 de mayo de 1993 conocí al profesor Pablo V. Carlevaro —así pedía que escribiéramos su nombre, obviamente, sin la palabra *profesor*, cosa que no siempre podíamos cumplir— y desde el primer día tuvimos una relación excelente y muy cercana.

A mí me encantaba que el lugar estuviera lo mejor posible, me refiero al orden, a la prolijidad, a la limpieza. Eran los inicios, el día estaba lleno de reuniones con personalidades de todo tipo, muchos profesores de la Universidad de la República, visitas de la Fundación W.K. Kellogg, que eran quienes financiaban el programa al comienzo, y de distintas instituciones. Como trabajaba en Servicios Generales, era yo quien los atendía.

Carlevaro, viniera quien viniera, lo primero que hacía era llamarme y presentarme. Yo me moría de vergüenza, pero no me quedaba otra. La exposición de mis brazos era increíble; les contaba a todos que yo era trabajadora del frigorífico que antes había en el predio del programa y por eso resaltaba mis músculos.

Otra cosa que resaltaba era cómo yo atendía a la visita en cuanto al té que servía, la limonada si era verano, las galletitas con manteca y otros. Les decía a todos que iba a comprar un embudo porque yo lo ahogaba; que le daba un té tras otro.

En invierno yo tenía termos con té caliente y cuando llegaban los estudiantes a las 7.30, fueran de la disciplina que fueran, él con tal de que los estudiantes vinieran a gusto al Cerro, me decía que se los ofreciéramos así no pasaban frío. En ese tiempo solo teníamos una estufa a gas y la superintendencia era grande.

Cuando pasé a la sección administrativa, lo que Carlevaro me enseñó no tiene desperdicio. Detestaba las faltas de ortografía, me aconsejaba chequear un apellido antes de escribirlo mal en una nota. Yo llamaba por teléfono a la casa de la persona o a la institución donde trabajaba para confirmar cómo se escribía ese nombre y apellido si no era común. La perfección en escribir una nota era otra cosa que me corregía permanentemente. Desde las tabulaciones hasta que la firma principal al final estuviera a la derecha, y ojo que no se cumpliera. Tenía su carácter.

Decía que tenía que leer y volver a leer el libro *Platero y yo*, porque allí vería bien cuándo usar tildes en una palabra y cómo utilizar correctamente los artículos. Como esta, hay mil anécdotas. Lo que resalto es que desde el primer día confió en mí, en mi trabajo y vio y valoró que puse en práctica todo lo que me enseñó. Estuvo siempre a mi lado, en las buenas y en las malas que, por cierto, existieron a lo largo de tantos años.

Una de las anécdotas más graciosas con Carlevaro fue en el verano de 1994. Nos invitó a la compañera Adriana y a mí a recorrer algunas playas de la zona. Nosotras estábamos muertas de vergüenza porque era Carlevaro, nuestro director. Íbamos postergando el paseo, pero un día no pudimos más y allá fuimos. Ese día sesionaba la Comisión Directiva, pero hizo terminar un rato antes la reunión y allá zarpamos en el Chevette —los que conocieron el auto, saben de qué hablo—.

Arrancamos en la Playa del Nacional, nosotros en el agua y al lado nuestro caballos tomando un hermoso baño. Nosotras nos queríamos morir. Luego, el paseo clásico por la orilla, de punta a punta entre cumbia va y cumbia viene. Todo era muy fuerte. De ahí a la Playa de Pajas Blancas. Carlevaro nadaba, se nos iba mar adentro y le perdíamos el rastro; solo nosotras lo sabemos los nervios que pasamos, mientras él se burlaba porque no nadamos y nos quedamos en la orilla. Finalmente, sobre las seis de la tarde terminamos en un parador de chapa y madera en la Playa del Cerro, comiendo pizza y bebiendo refresco, con música y con una chica que bailaba mientras nos atendía. Carlevaro se mataba de la risa y disfrutaba a más no poder. Luego nos llevó a cada una a nuestra casa y allí terminó la jornada. Imagínense que al otro día fuimos la comidilla de todo el APEX, más con lo que exageraba las cosas al contarlas.

## **Rosario Cavagnaro, asistente académica**

Soy Rosario Cavagnaro, médica, carrera que estudié en Suecia durante los años de exilio, entre 1972 y 1986. Soy docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República, trabajé en el Programa Docente en Comunidad en el Cerro (1988-1990), Ciclo Básico (1991-2005) y en el Programa APEX-Cerro (1993-2009).



Cuando el Grupo Universitario Multiprofesional —compuesto por docentes de todas las facultades vinculadas a la salud— estaba gestando el Programa APEX, el profesor Pablo Carlevaro, que lo lideraba desde el decanato de la Facultad de Medicina, me solicitó que fuera su asistente académica, para facilitar la instalación del programa en el Cerro, por mi experiencia de trabajo en esa comunidad.

A partir de ese momento comenzamos a trabajar de forma muy estrecha con Pablo durante muchos años, ya que luego de la instalación del programa, continué trabajando como asistente de dirección, cargo al que ingresé por concurso en 1993, conjuntamente con Edén Echenique, José Luis Rebellato y Alberto Servillo.

Pablo Carlevaro era una persona increíble, tenía como características fundamentales la ética como principio básico de su accionar, siempre consecuente con sus ideas e implacable al defenderlas. Tenía un perfil fundamentalmente humanista, en medicina se dedicó a las ciencias básicas y era profesor de Biofísica.

Se dedicó de forma total a la vida universitaria y a la Facultad de Medicina, con su defensa a ultranza y al mismo tiempo desarrollando una concepción innovadora; impulsó el Plan de Estudios 1968, creado en el Claustro que presidía, que lideró las ideas de la importancia de la humanización de la medicina y su relación con la comunidad. Amaba la facultad, a la que llamaba con mucho sentimiento «mi casa».

La consecuencia con sus ideas se puede ver, por ejemplo, en el desarrollo de la medicina comunitaria, que se inicia con el Plan 68 y se desarrolla en su decanato posdictadura tanto en Facultad Medicina, como en la Universidad con el Programa Multiprofesional APEX.

Otro aspecto del cuidado de la salud que Pablo incluía siempre en sus propuestas, en sus planes, era el de la salud mental y su desarrollo con una concepción diferente, en la que primaba la promoción y la prevención como ejes fundamentales.

El conocimiento profundo que tenía Pablo de las personas era excepcional, quería conocer a estudiantes, funcionarios, docentes, vigilantes, personas de la comunidad; quería saber todo: de dónde provenían, de qué cuadro eran hinchas y mucho más. Se acordaba de todos los detalles y le encantaba profundizar en su infancia, su familia y sus sentimientos.

Su interacción con la gente era fundamental: la puerta de su escritorio en el Programa APEX estaba siempre abierta; solo había que entrar y siempre había espacio para una escucha, una palabra, un consejo.

Con respecto al arraigado sentido de la ética de Pablo, recuerdo que él fue presidente de la Comisión Directiva del APEX desde que se inició, pero ese era un cargo de cogobierno, por lo tanto, honorario. Durante mucho tiempo la Comisión Directiva quiso nombrarlo como director del programa; incluso en una reunión en la que él no había participado se lo nombró director, pero él nunca aceptó y solicitó la reconsideración de la resolución en la reunión siguiente. Solo varios años después, luego de aprobada la Ordenanza del Programa por el Consejo Directivo Central y realizado un llamado al cargo de Director, se presentó y lo ganó.

El sentido del humor de Pablo era increíble. Hay una anécdota que lo muestra todo: armó una broma de los inocentes un 28 de diciembre, con la complicidad de Gladys (administrativa del programa) y de los vigilantes (porteros del antiguo frigorífico). Nos llegaron cartas por correo en hojas especialmente membretadas y selladas, para la maestra Teresita Francia, la nurse Gladys Picción y para mí, en nombre de la señora de Pacheco Areco, invitándonos a participar en la inauguración de un CAIF en el Barrio El Tobogán ese mismo día. Además decía que yo debía hacer uso de la palabra en nombre del Programa APEX en la inauguración. Nos tuvo toda una tarde sufriendo y pensando cómo haríamos para evadir la invitación, hasta que nos dimos cuenta de que en un rinconcito de las notas había una firma de un tal «Inocencio».

Otra anécdota que pintaba la personalidad de Pablo era recordada siempre por la nutricionista María del Huerto Nari. Fue delegada de la Escuela de Nutrición al Grupo Universitario Multiprofesional. Desde la gestación del Programa APEX, participó en los primeros seminarios organizados por la fundación Kellogg, que financió el inicio del programa luego de que fuera elegido entre 150 universidades latinoamericanas. Al inicio de uno de seminarios en Brasil los funcionarios de la fundación indicaron que los proyectos financiados se llamarían UNI (Una Nueva Iniciativa) y la ciudad donde se desarrollarían, por lo cual el nuestro sería UNI-Montevideo. Inmediatamente, en un descanso del seminario, Pablo se reunió con los delegados uruguayos y todos terminaron resolviendo oponerse para mantener el nombre APEX, ya que nuestro programa se venía gestando desde el año 1972.

Para mí fue un honor trabajar junto a Pablo, así como a sus colaboradores de siempre: los profesores Ruben Cassina y Clemente Estable. Todo lo que pude aportar a la facultad, a la Universidad, a los estudiantes y a los colegas, creo que solo pude llevarlo adelante aprendiendo de ellos, y me emociona recordarlos. Espero que sus ideas se sigan impulsando en la universidad tanto por los docentes como por los estudiantes, conjuntamente con la comunidad.

### **Agustín Cano, doctor en pedagogía y docente de la Udelar**

Fui cercano a Pablo Carlevaro. Integré el equipo que coordinó el libro *La universidad querida*, una antología de textos y discursos de Carlevaro, en el que trabajé junto a Laura Carlevaro, Gregory Randall, Eden Echenique, Teresa Menoni, Rosario Cavagnaro y Teresita Francia.

Pablo Carlevaro fue un hombre que vivió intensamente su tiempo histórico. Fue alguien que cultivó múltiples facetas: la de científico, la de médico, la de educador y la de militante de las causas sociales desde la universidad, desde el movimiento estudiantil primero y luego desde su rol como docente y decano, lo que le valió cárcel y exilio. Lo que yo destacaría —sobre todo como elemento de interpelación en el presente— es que esas múltiples facetas se combinaban en una unidad dada por lo que en Carlevaro significa la ‘condición de universitario’.



Es decir, su condición de científico (docente de la Cátedra de Biofísica, autor de un protocolo de investigación que hasta hace poco se seguía utilizando en la formación de estudiantes); su faceta de médico (influido por esa generación de médicos anarquistas que impulsaron la medicina social, como Carlos María Fosalba, su tío Virgilio Bottero o José Gomensoro); su faceta de militante estudiantil en la FEUU tercerista de fines de la década del cuarenta y principios de la década del cincuenta (fue secretario general de la Asociación de los Estudiantes de Medicina en un período de grandes conquistas de la FEUU, como que el Hospital de Clínicas fuera para la Universidad y la incorporación en la constitución de la autonomía y el cogobierno); todas estas facetas, formaban parte unitaria con su pensamiento universitario y pedagógico.

En consecuencia, el pensamiento educativo de Carlevaro es coherente con esa concepción de la medicina social, con sus principios libertarios y con su concepción humanista de la ciencia, heredera de la Ilustración, en que la investigación—incluso la investigación especializada— forma parte de un marco más grande, dado por una amplia cultura general y un pensamiento social que comparece ante su tiempo histórico, lo que le permite articular la investigación y la docencia desde una mirada de totalidad y una reflexión ética. Creo que eso es muy destacable hoy en que, tomando los términos de Pierre Legendre, la «tecno-ciencia-economía del management» fragmenta a la profesión académica en hiperespecializaciones disociadas de las consecuencias éticas de la investigación e invisibiliza las redes de apropiación de las creaciones colectivas por parte del capitalismo cognitivo.

A su vez, la concepción pedagógica en Pablo está fuertemente influida también por las ideas libertarias en las que él se formó, en particular esa idea de la integralidad, que viene del pensamiento pedagógico anarquista, como es el caso de Paul Robin (autor del *Manifiesto de los defensores de la educación integral*), y la tradición de las escuelas racionalistas. En esta concepción, «integralidad» es mucho más que la mera integración de las funciones de investigación, enseñanza y extensión, sino que implica una integralidad de las múltiples dimensiones y facetas del ser humano, procurando su realización plena, como parte de una visión de emancipación social general, es decir, no como un elemento individualista, sino como un elemento transformador. Es en ese sentido que, en la concepción pedagógica del Carlevaro docente, la extensión universitaria se torne tan importante. Forma parte de su concepción de universidad, que pertenece a esa generación de docentes fuertemente influenciados por las ideas de la Reforma de Córdoba.

Si tuviera que sintetizarlo, diría que Carlevaro fue un intelectual. Su forma de ser universitario es la de un intelectual público, en el sentido kantiano del uso público de la razón, extendido a una concepción de la universidad comprometida con los asuntos públicos. Fue un intelectual comprometido con las causas populares y con su tiempo histórico, que afrontó las consecuencias con prisión y exilio. Creo que esta condición de intelectual público, propia de su generación, es todavía una referencia para interpelar ciertas formas actuales de la profesión académica. Para

interpelar lo que Marina Garcés llama la «desculturalización de las universidades contemporáneas» y la necesidad de que podamos construir formas de ejercicio de la profesión docente y formas de hacer universidad, que puedan sostener un registro de totalidad abierta y superar las fragmentaciones *desimplicadas* en las que muchas veces cae la universidad contemporánea.

En cuanto a contar una anécdota, habría varias. Yo conocí a Pablo siendo militante estudiantil de la FEUU, en la época en que la FEUU impulsó a Carlevaro como su candidato a rector. Era un referente para nuestra generación, encontrábamos en él a alguien que podía dinamizar la transformación de la universidad en el sentido de los principios de la Universidad Latinoamericana y, en particular, en un sentido de mayor compromiso social. Poco tiempo después, en 2003 o 2004, yo era delegado de la FEUU en el Consejo Directivo Central de la Universidad, en ocasión en que se estaban discutiendo algunos elementos clave del ciclo básico de la Facultad de Medicina. Allí conocí a Pablo más cercanamente, en reuniones en la casa de Clemente Estable, alias *el Rayo*, quien falleció hace poco, con Rúben Cassina, Rosario Cavagnaro, Edén Echenique, Teresa Menoni, entre otros.

Esas reuniones eran muy formativas para nosotros que éramos estudiantes, que hacíamos nuestras primeras experiencias en el cogobierno. Había que leer, había que estudiar, Pablo venía con carpetas, con documentos sobre los fundamentos del ciclo básico, unos mamotretos de las experiencias de educación médica de los canadienses; había que discutir. Y así fue naciendo mi amistad con Pablo, que luego, a lo largo del tiempo, tuvo más momentos de encuentro.

Señalaría ese momento porque da cuenta de otra condición de Pablo, que es la de compañero. Si bien Pablo fue profesor titular, decano, doctor en Medicina, todas palabras que conllevan solemnidad, y siendo como fue, un tipo de una gran cultura general, capaz de erudición, de manejar con destreza tanto el lenguaje matemático como el de la semiología médica, de tener una conversación sobre Beethoven o sobre *Wanderers* (otra de sus pasiones), era alguien que se vinculaba de forma muy horizontal y llana con cualquier persona en un paraninfo o en un barrio popular. Siempre estuvo dispuesto a colaborar con la FEUU y sus asociaciones, siempre estuvo al servicio de las batallas democráticas, universitarias, de defensa de la autonomía, de defensa del cogobierno, de transformación de la educación, hasta el último día de su vida. Por eso creo que la condición de compañero, tanto como la de universitario, también lo define.

Queridos compañeros que ni me despiden, porque no me voy, ni me homenajean, porque no lo merezco ni lo acepto; queridos compañeros que se convocaron por azar y travesura para celebrar años, fechas, calendarios, todas cosas en las que sobre todo descreo, recuerden siempre que «a pesar del dolor y la injusticia la vida, es buena». Pero para que lo sea, hay que luchar indeclinablemente, hay que correr nuestro tramo de relevo hasta quedar exhaustos en esta larga e interminable posta que tiene por meta dignificar al hombre.<sup>1</sup>

---

1 Extracto del discurso en la despedida del decanato del profesor Pablo Carlevaro del 1.º de diciembre de 1992